

# Índice



**BLOCK, número 9, julio de 2012**

	Editorial	5
Claudia Shmidt Silvio Plotquin	Argentina años 50	6
Federico Deambrosis	Los temas estructurales en el panorama de las revistas de arquitectura en la Argentina de los años cincuenta	8
Ana María Rigotti	Fósiles de futuro: megaestructuras	18
Luis Müller	Un largo y sinuoso camino La bóveda cáscara en los proyectos de Amancio Williams	32
Mary Méndez	Bonet en Soca	42
Silvio Plotquin	Dividir, sumar, multiplicar Eficiencia y burocracia en el ideario del proyecto del Teatro San Martín	52
Claudia Shmidt	«...mucho costó que la arquitectura “oficial” fuera moderna...» En torno a las obras del Estado nacional en Argentina (1947-1955)	60
Jorge Francisco Liernur	Las políticas de vivienda de la «Revolución Libertadora» y el debate en torno al proyecto para el Barrio Sur	70
Joaquín Medina Warmburg	(Re)constructores del Mundo Elegías y elogios de la Tierra en la arquitectura alemana de posguerra	84
Werner Oechslin	El arquitecto moderno y la Historia	92

En la tapa:  
Plan regulador  
Jujuy-Palpalá.

## Elegías y elogios de la Tierra en la arquitectura alemana de posguerra

Desde la distancia de medio siglo, el panorama de la arquitectura alemana de los años cincuenta se caracteriza claramente por la hegemonía compartida de dos posiciones antagónicas. De un lado, tenemos las arquitecturas racionalistas que trajeron de la mano el optimismo tecnológico tras el despegue económico: arquitecturas de claro sello cultural norteamericano en el caso particular de la República Federal de Alemania (RFA), como ponen de relieve los habituales muros cortina, el aire acondicionado o las formas de vida suburbana. Incluso la representación del estado asumió la transparencia de estas arquitecturas como cualidad democrática en contraste con la monumentalidad pétreo del totalitarismo nazi. Lo ilustran las livianas vitrinas de acero y vidrio proyectadas por Sep Ruf y Egon Eiermann como en el Pabellón de la RFA para la Exposición Universal de Bruselas (1958). En una entrevista publicada pocos años antes por la revista *Baukunst und Werkform* –el principal órgano de debate crítico del momento– Eiermann defendió la pertinencia de una arquitectura racional que toma la tecnología como punto de partida.<sup>1</sup> Esgrimió este argumento en respuesta a lo expuesto previamente por uno de sus interlocutores: nada menos que Hugo Häring, el principal teórico de la tal llamada arquitectura «orgánica» en Alemania desde las vanguardias de entreguerras, quien en la posguerra continuó abogando por una búsqueda de la forma en la que los objetos no son violentados por una geometría y una técnica impositivas, que producen tipos genéricos y polivalentes. Frente a la opción racional y tecnófila, Häring postuló una adecuación de las formas a la naturaleza individual de procesos vitales, como cuando en sus propios proyectos las paredes se amoldan a los recorridos y a los ámbitos habitacionales, aportando la solución óptima para cada caso singular. Una suerte de funcionalismo genético, que pretende responder a la individualidad de la vida. Al igual que lo ocurrido en otros países en aquellos años –piénsese en las actividades de Bruno Zevi en Italia– el organicismo alemán constituyó una posición a la vez arquitectónica y moral.

A diferencia de la exitosa carrera académica y profesional desarrollada por Eiermann en la joven RFA, Hugo Häring quedó relegado al rol de referencia teórica de las viejas vanguardias. Hubo sin embargo numerosos partidarios de la arquitectura orgánica que desplegaron en el contexto del milagro económico



Egon Eiermann y Sep Ruf, Pabellón de la RFA en la Exposición Universal de Bruselas, 1958.

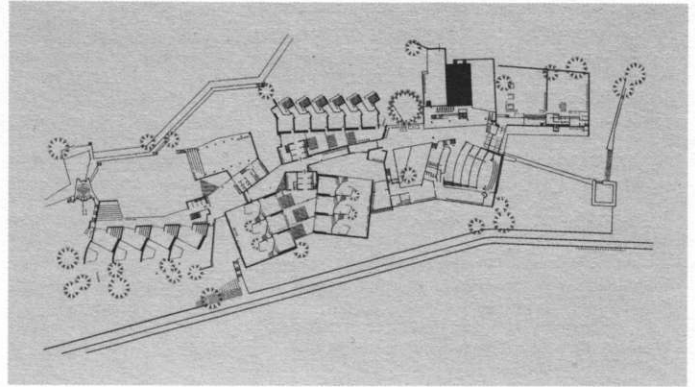
alemán una intensa actividad constructiva, entre los que destacan figuras como Rolf Gutbrod o Hans Scharoun. Su labor incluyó la representación de destacadas instituciones culturales y políticas: desde luego no fueron obras menores el auditorio de la Filarmónica de Berlín (1956-63) o la Embajada de la RFA en Brasilia –ya a mediados de los sesenta–, ambas de Scharoun. Pero fue sin duda en el terreno del urbanismo donde el vitalismo de aquellos años tuvo mayor peso. A él se debe el nuevo paradigma de la *Stadtlandschaft* (paisaje urbano) en la planificación de los antiguos núcleos urbanos que habían quedado reducidos a montañas de escombros hasta borrar el trazado de las calles. Los sueños modernos de redención de la gran ciudad a través de su acercamiento a la naturaleza parecían más asequibles –y realmente lo eran– tras los devastadores bombardeos que Scharoun calificó eufemísticamente de «esponjamiento mecánico» (*mechanische Auflockerung*).<sup>2</sup> Sobre esta *tabula rasa*, su plan de ordenación de Berlín (*Kollektivplan*, 1946) propuso crear una nueva *Stadtlandschaft* en el intento de resolver la contradicción entre la vida urbana determinada por la técnica y un entorno rural en el que imperan los ritmos de la naturaleza.

Se suele afirmar que los proyectos de reordenación de las ciudades de la Alemania occidental estuvieron dominados por los postulados de la Carta de Atenas, como demostrarían la prioridad otorgada al tráfico rodado, a la reducción de la densidad o la segregación funcional. Sin embargo, el trasfondo intelectual de la *Stadtlandschaft* guarda poco en común con las nociones de un urbanismo racionalista como el promulgado desde los CIAM. Sabemos, por ejemplo, que Scharoun entabló una estrecha relación con Häring, opositor acérrimo al urbanismo de Le Corbusier desde su enfrentamiento en el congreso fundacional de La Sarraz (1928). De especial interés resultan una serie de charlas de Scharoun con sus estudiantes, en la que estableció un nexo entre las teorías de Häring y la filosofía de Martin Heidegger. En 1952 llegó a afirmar que ya su casa Möller (1937) había sido concebida de acuerdo a las ideas de Heidegger y Häring, al definir los espacios a partir de una estructura de lugares de funcionalidad específica.<sup>3</sup> Recordemos que apenas un año antes Scharoun y Heidegger habían coincidido en el Coloquio de Darmstadt, organizado por Otto Bartning bajo el lema «Hombre y espacio» («*Mensch und Raum*»).

## Darmstadt 1951

Invitado a participar en aquella ocasión en la exposición de «obras maestras» (*Meisterbauten*), conmemorativa de los cincuenta años de la Mathildenhöhe, Scharoun mostró un proyecto de escuela para Darmstadt, cuyas formas quebradas respondían al intento de conjugar la individualidad de las aulas (los «recintos secretos») con un rico paisaje interior que fomentara los contactos sociales en la comunidad escolar (el «camino del encuentro»)<sup>4</sup>. De ahí la organización lineal de su estructura topológica, resultante de la voluntad de acompañar y simbolizar el proceso de crecimiento físico e intelectual. La arquitectura orgánica se suponía «esencial» en tanto que nacía de la interacción entre sujeto y objeto —en este caso entre alumno y escuela— en cada uno de los sucesivos estadios evolutivos de la conciencia en el transcurrir de la vida escolar. El despertar al mundo con ayuda de la arquitectura incluía la puesta en relación de los niños con el medio ambiente. Así, el recorrido interior culminaba en un pequeño pabellón denominado «espacio cósmico» («*kosmischer Raum*») que, en palabras de Scharoun, haría tangible la pertenencia de los hombres al universo: un lugar de concentración espiritual en pequeños grupos, donde percibir el paso de las estaciones y donde desarrollar celebraciones de índole poética. Ya en un plano simbólico, la arquitectura del pabellón preveía una cúpula que representara el Cielo y un cuadrado hundido en el piso a modo de Tierra.

En suma, Scharoun explicó la condición orgánica de su proyecto con argumentos cercanos a la noción antroposófica de «*Welterfahrung*» (experiencia de Mundo) que inspira las escuelas Waldorf.<sup>5</sup> Realmente algunos pasajes de su memoria descriptiva rayan en lo esotérico, por lo cual no extraña que provocara el



Hans Scharoun, planta del proyecto de escuela para Darmstadt, 1951.

rechazo de los colegas más conservadores presentes en el Coloquio de Darmstadt. Concretamente, el tradicionalista Paul Bonatz advirtió polémicamente que el resultado más probable de todas aquellas operaciones de manipulación arquitectónico-pedagógicas sería el homúnculo. Resulta significativo que José Ortega y Gasset, otro de los ponentes invitados por Bartning, interpretara las críticas que Bonatz dirigió a Scharoun como un ataque a Heidegger. Es más, este mismo confirmaría esta interpretación al recordar poco después aquel «caballeroso» gesto del colega español.<sup>6</sup> ¿Cómo se justifica esta identificación de arquitecto y filósofo? Debemos saber que fue precisamente en el encuentro de Darmstadt donde Heidegger irrumpió en los debates sobre la reconstrucción de Alemania dando lectura a su célebre texto «*Bauen Wohnen Denken*» («Construir habitar pensar»), que desde entonces ha ejercido una inestimable influencia sobre las teorías de la arquitectura de inspiración existencialista, fenomenológica y ecológica. Recordemos aquí sólo cómo Heidegger analizó la etimología de los tres términos del título en busca de su sentido profundo para descubrir que compartían raíces comunes. La constatación de que en su origen *bauen* (construir o cultivar) significaba *wohnen* (habitar o morar) le llevó a dictaminar, por ejemplo, que el hombre construye en tanto que habita: «El habitar es el modo en que los mortales están sobre la Tierra». Y estos mortales habitan cuidando (*schonen, hegen*) y salvando (*retten*) la Tierra.<sup>7</sup>

Heidegger y Ortega saludándose en el Coloquio de Darmstadt, 1951.



En el cierre de su conferencia, Heidegger aclaró que lo expuesto debía entenderse desligado del contexto histórico que les tocaba vivir en 1951. Si habitar la Tierra era un imperativo ontológico consustancial al hombre, esta condición no podía quedar restringida a la específica tarea con que bregaban los arquitectos de la RFA en ese momento. A saber: dar solución a la falta de más de 6 millones de viviendas. Más allá de esta contingencia, en opinión de Heidegger la *Heimatlosigkeit* (la falta de un «terruño» o el desamparo de los hombres), persistiría mientras no cayeran en la cuenta de cuál era su verdadera necesidad: recuperar la esencia del habitar. Resulta fácil imaginar que tales opiniones suscitaron las más variadas intervenciones por parte de los arquitectos presentes, casi siempre en el intento de acomodar las palabras del filósofo a sus propios presupuestos ideológicos y a sus prácticas profesionales. Así, Egon Eiermann retomó el concepto de la *Heimatlosigkeit* para rechazarlo de plano y declarar que el mundo sería su nueva *Heimat*: un mundo abierto y cosmopolita gracias al avance tecnológico.

La posición de Eiermann guarda relación con la ponencia previamente leída por Ortega y Gasset, quien había polemizado con Heidegger. Al menos así lo manifestó en sus escritos en torno al coloquio de Darmstadt. Básicamente la ponencia de Ortega, titulada «El mito del hombre allende la técnica», planteó el constitutivo extrañamiento de los humanos respecto de la naturaleza. Describió al hombre como un animal enloquecido, aquejado de una hipertrofia de su inteligencia que le generaba un profundo malestar en la Tierra. La consecuencia era un radical deseo de bienestar, que no se alcanzaría mediante la reconciliación de los hombres con el mundo. Al contrario, como intrusos construyen sus propios mundos artificiales a semejanza de sus imágenes mentales con la ayuda de un gran y fabuloso aparato ortopédico: la técnica, en definitiva, como expresión de una pulsión utópica. De este modo el hombre logra finalmente adecuar una Tierra a priori para él inhabitable hasta permitirle vivir prácticamente en cualquier región del planeta, por inhóspita que esta sea y a diferencia de cualquier otro animal o vegetal.<sup>8</sup>

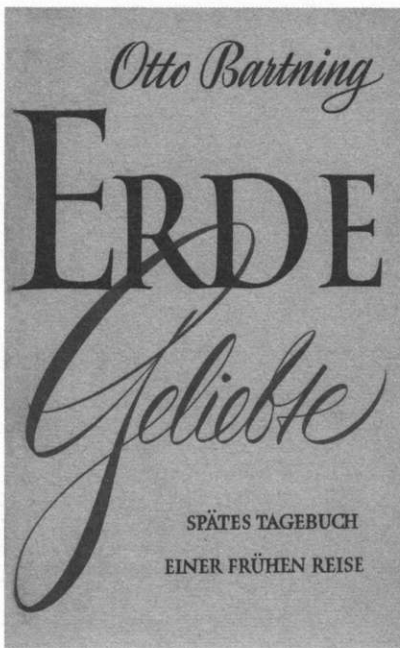
### «Tierra amada»

En un artículo redactado por Ortega ya después de un segundo encuentro en la Buhlerhöhe de Baden-Baden, trató de batir a Heidegger con sus propias armas, echándole en cara un uso selectivo de la etimología. Una simple consulta del diccionario le había bastado para constatar que en la raíz de *wohnen* y *bauen* se encontraba igualmente el origen de términos como *Wunsch* (deseo) y *Wahn* (locura), apuntando su interpretación de la técnica como suplantación utópico-patológica.<sup>9</sup> Sin embargo, pese a lo pretendido por Ortega, las ponencias de los filósofos en Darmstadt no eran ni mucho menos incompatibles. Basta considerar la aspiración de reconciliación con la Tierra como una utopía para deshacer el antagonismo. Una posibilidad que dejaron

entrevener en sus comentarios varios de los arquitectos presentes. Es el caso de Otto Bartning, quien había invitado con conocimiento a estos dos filósofos. En las actas han quedado documentadas las palabras con las que Bartning clausuró el coloquio: «Siguiendo al maestro Ortega, sólo puedo expresarme sobre aquello que llevo en mi interior, que es lo único fiable, y yo amo lo libre, lo liviano, lo abierto, y deseo poner a todos los hombres en el lugar de lo libre y liviano, llevarles al espacio libre, al verde y a lo abierto; es lo que amo. Y debo perseguir este amor libre de prejuicios, y creo que ése es el único camino».<sup>10</sup> Previamente, tras la conferencia de Heidegger, había señalado ya al amor a la Tierra como uno de los puntos de partida para la actuación del arquitecto.

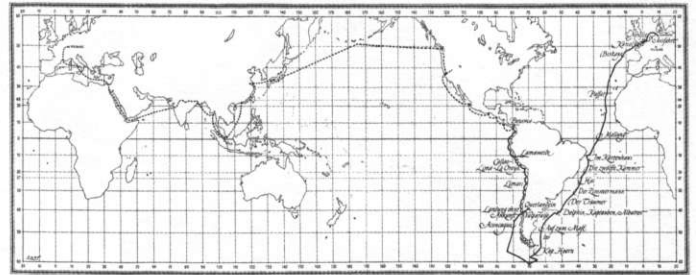
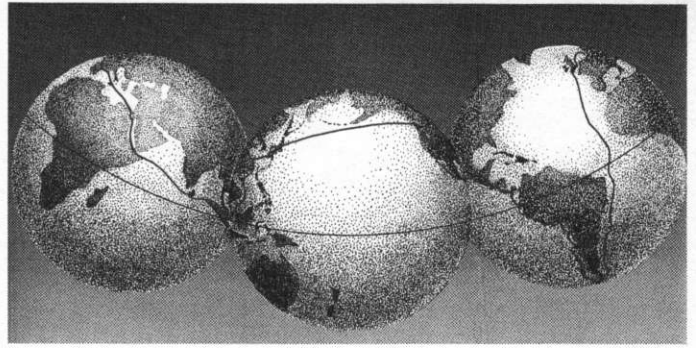
Llegados a este punto, interesa saber que Bartning había publicado en 1947 un relato autobiográfico de 434 páginas titulado «*Erdball*» (globo terráqueo), del que se editaría en 1956 una versión ampliada de 810 páginas bajo el título «*Erde geliebte*» (Tierra amada). En ambos casos el subtítulo rezaba «diario tardío de un viaje temprano». Los libros rememoran un viaje de vuelta al mundo que Bartning había realizado entre 1902 y 1903 a la edad de 19 años, una vez finalizada su formación escolar. El relato ofrece al lector una vívida sucesión de aventuras, pero lejos de limitarse a un superficial anecdotario, el tema central consiste en el viaje interior de un joven imbuido de un romántico *Weltschmerz*, es decir, de un joven insatisfecho y dolido con el mundo.<sup>11</sup> A instancias de su padre, se había embarcado en un velero mercante, que le llevó —en una primera etapa— de Hamburgo a Valparaíso. Un viaje, por tanto, con un destino definido, pero sin un objetivo ni expectativas claras. Bartning describe aquel viaje como una experiencia catártica. Un viaje iniciático si cabe, pues ya en los primeros compases, frente a la inconmensurable planicie del océano, el aprendiz de marinero decide que a su vuelta estudiará «para erigir torres».<sup>12</sup> Lleno de desprecio recuerda a los maestros de escuela que le habían enseñado geografía señalando las riquezas de la Tierra sobre un mapa, sin llegar a ver ni por un instante su redondez. Le conmueven profundamente la humildad del mar y majestuosidad del Aconcagua, mientras que las construcciones humanas se le antojan petulantes en su pretensión de querer dotar de sentido a la Tierra.<sup>13</sup> Más adelante se indignará al conocer en Caldera cómo el negocio global del guano esquilma la Tierra. Y se admirará al observar en Arica a los pobladores que han aprendido a cultivar la Tierra hasta tornar el duro entorno desértico en una naturaleza generosa. Su identificación con el planeta llega al grado de advertir la respiración de la Tierra, la rítmica alternancia de su contracción diurna y su expansión hacia el espacio estrellado en la noche. El viaje le lleva a encontrar su lugar en el mundo: «la Tierra es mi estrella», sentencia.<sup>14</sup>

La declaración de amor al planeta que constituye el libro, adquiere un tono elegíaco al dedicarlo Bartning a su padre y a su hijo. Este último había caído en el frente ruso —como se nos hace saber en las primeras páginas—, rompiendo el orden natural de la cadena generacional.<sup>15</sup> Es sobre el trasfondo de esta tragedia



Otto Bartning,  
*Erde Geliebte* (1956).

Ruta del viaje de la vuelta al mundo de Otto Bartning en 1902-03 (*Erdball*, 1947 - *Erde Geliebte*, 1956).



personal que se narra la experiencia primordial del viaje. Esta vicisitud acaso haga más comprensible la publicación de la primera edición del libro en un momento en el que Bartning manifestaba públicamente la imposibilidad anímica de acometer la reconstrucción de Alemania como arquitecto. No fue el único. Hubo otros arquitectos que, ante la dimensión de la devastación, antepusieron la reflexión a la acción. Por ejemplo Rudolf Schwarz, quien en 1949 publicó su *Von der Bebauung der Erde* (De la construcción de la Tierra), un libro que había comenzado a escribir dos años antes, siendo prisionero de guerra en Francia, con la intención de sentar una base intelectual para la reconstrucción: para que los actos no volvieran a adelantarse en Alemania a las ideas, escribió. Contaba para ello con las experiencias acumuladas en los territorios fronterizos franco-alemanes de Lorena, en cuya planificación había estado involucrado durante la ocupación nazi.<sup>16</sup>

### «De la construcción de la Tierra»

*Von der Bebauung der Erde* es, grosso modo, una teoría de la arquitectura, del paisaje y de la ordenación del territorio que pretende conectar estas prácticas y sus campos de conocimiento con la totalidad de los fenómenos que rigen el devenir histórico-ontológico del mundo. Es un libro escrito y dibujado con notoria voluntad poética. En la cincuentena de bellísimos dibujos que acompañan el texto se sintetizan las ideas centrales entre la representación en perspectiva y la reducción a elegantes abstracciones. Muchos de estos últimos esquemas simbólicos los calificaríamos hoy de pictogramas. En contraste, el lenguaje escrito de Schwarz es de una riqueza icónica de infinitos matices. A primera vista los conceptos y las imágenes recuerdan a la poética filosófica de

Heidegger. Sin embargo, el proceder de Schwarz es bien distinto: no practica una arqueología etimológica, sino que construye sus palabras por combinación de elementos en una especie de tectónica semántica. Se vale para ello de las ilimitadas posibilidades que ofrecen las palabras compuestas en el alemán. Por ejemplo, cuando modula el concepto *Welt* (mundo) creando parejas por combinación con otros vocablos (*Weltall, Weltbau, Weltbauabsicht, Weltenauge, Weltenberg, Weltenentwurf, Weltenerbauer, Welterfabrung, Weltform, Weltgegend, Weltgestalt, Weltgrund, Welthöhe, Weltort, Weltprozess, Weltraum, Weltsinn, Weltstände, Weltstoff, Weltstunde, Weltversunkenheit, Weltwille, Weltzeit, Menschenwelt, Überwelt, etc.*).<sup>17</sup> El resultado es un extrañamiento poético que, sin apenas recurrir a neologismos, explora y explota los campos semánticos mediante las superposiciones e interferencias entre las partes que componen las palabras. Incluso cuando se trata de combinaciones convencionales (como *Weltanschauung, Weltbild, Weltformel, Weltgeschichte, Weltmächte, Weltordnung* o *Weltteil*), el contexto en el que Schwarz las aplica desestabiliza y altera su significado habitual. El procedimiento no está exento de peligros: con frecuencia el lenguaje deviene hermético y hay pasajes que rayan la pedertería y lo esotérico.<sup>18</sup>

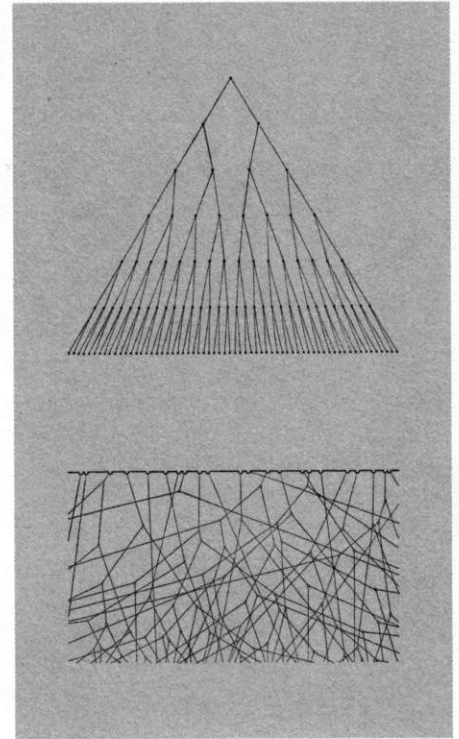
Hecha esta salvedad, se puede hablar de otra relación con el método de Heidegger: también Schwarz se adentra en lo profundo en busca de un origen con la pretensión de revelar de este modo el verdadero significado de una realidad sobre la cual operar. Pero su indagación no se refiere a la etimología sino a la morfología de la Tierra. De ahí que el libro comience con el estudio de la geología y las fuerzas telúricas. De entrada, constata la correspondencia entre arquitectura y naturaleza, que constituye una de las figuras recurrentes a lo largo del libro. La Tierra res-

ponde a un principio tectónico análogo al de la arquitectura: está hecha por capas horizontales, como cuando se levanta un edificio. Los estratos horizontales –sedimentos históricos– encuentran su contrapartida en las fuerzas verticales, opuestas a la gravedad. Un juego de fuerzas, patente en el éntasis de las columnas dóricas, del mismo modo que Schwarz detecta una analogía entre el «espacio curvo» en el interior de un monte y de un templo helénico. Igualmente, el arquetipo de los templos escalonados –de Mesopotamia a Centroamérica– es en su opinión la continuación del equilibrio de estratos horizontales y fuerzas verticales que rige el interior de la Tierra y que da perfil a los paisajes montañosos. En suma, la arquitectura de la Tierra precede a la de los hombres, pero en la de éstos culmina un proceso en el tiempo, que implica igualmente el crecimiento vegetal. Como en el caso de las catedrales góticas, en la que se funden lo geológico y lo vegetal: las fuerzas telúricas ascienden por las raíces del templo –un bosque de pilares– generando el interior de la montaña al unirse en la bóveda. «La Tierra es una casa», escribe.<sup>19</sup>

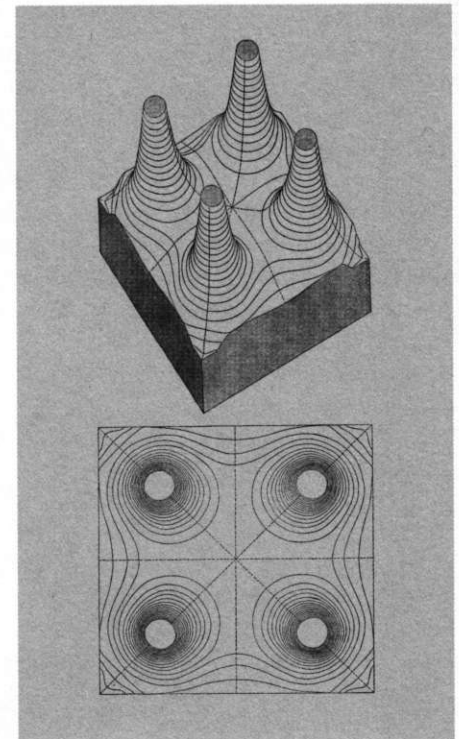
Desde la particular cosmovisión de Schwarz, la propia existencia del hombre en el tiempo puede describirse como un crecimiento vegetal, algo patente y habitual en los árboles genealógicos. Sus ramificaciones, sin embargo, no explican la condición de la realidad inmediata, del «ahora». Para explicar su naturaleza, Schwarz recurre a la imagen de un estanque con un mosaico de plantas aisladas en su superficie, mientras que hacia el fondo tejen con sus raíces una maraña inextricable. Una imagen ésta, relacionada con su interpretación morfológica de la superficie terrestre. Aquí reaparece el agua que, careciendo por sí misma de memoria –por lo que sus formas son siempre efímeras–, es capaz de trazar huellas indelebles sobre una Tierra moldeable, prefigurando lo que serán los senderos y las calles.

Todos estos principios morfológicos que Schwarz va determinando persiguen el objetivo de entender la ordenación del territorio como una cuidadosa inserción en un proceso genético que no se limita a las actividades del hombre. En consecuencia, la planificación no puede ni debe entenderse como una mera racionalización, sino como una orientación de la vida, como una «semilla de mundo» (*Same der Welt*). Esta directriz vitalista se refleja en sus modelos de ordenación urbanística, como en el caso de su esquema genérico de ciudad industrial contemporánea. Para este caso opta por una estructura lineal, que identifica con los procesos mecánicos de la producción industrial, rescatando del olvido un modelo caído en desgracia: la ciudad lineal.<sup>20</sup> En los extremos de esta estructura industrial se localizan dos núcleos de equipamientos e instituciones, limitando así el crecimiento lineal. A lo largo del eje central dispone una serie de líneas que se enlazan con las zonas residenciales. La figura resultante es –en expresión del propio Schwarz– un «ciempiés». Con la conexión perimetral de los elementos periféricos acaba instalándose –según Schwarz– la imagen de una «vía láctea». Es evidente que su esquema es deudor del modelo orgánico de *Stadtilandschaft* publicado en 1948 por Hans Bernhard Reichow: básicamente invirtió

Rudolf Schwarz,  
Paisajes del tiempo:  
árbol y estanque  
(*Von der Bebauung der  
Erde*, 1949).



Rudolf Schwarz,  
Superficie terrestre  
(*Von der Bebauung der  
Erde*, 1949).



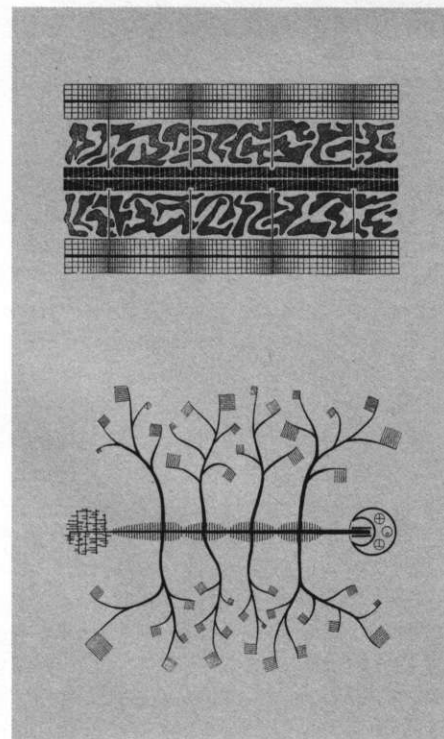
la relación entre núcleo y estructuras lineales.<sup>21</sup> Pero la mayor diferencia se hace en el hecho de que Schwarz constatará la correspondencia de su «vía láctea» con la organización de una planta basilical. Hace así patente, que a diferencia de la literalidad de lo orgánico en Reichow, los esquemas de Schwarz persiguen expresar gráficamente unos principios genéticos y unas estructuras de relaciones, no unas formas específicas. Los casos concretos de *Stadtlandschaft* que presenta en *Von der Bebauung der Erde* —como su plan para Diedenhofen (1943)— no se parecen al «ciempiés». Sin embargo, presenta una articulación de conjuntos de acuerdo a una estructura jerárquica y multicéntrica. Los grupos no responden a la segregación funcional de la carta de Atenas, sino a una delimitación de acuerdo a consideraciones productivas, sociales, culturales, ecológicas y espirituales. Las burbujas con que Schwarz engloba sobre el plano a estas unidades, dibujan un mapa mental, que trata de coordinar orgánicamente las unidades, estableciendo relaciones topológicas que estimulen un crecimiento natural. Para ello establece una estrategia y unas pautas espaciales, pero no un orden absoluto. Esquema mental y territorio no comparten un mismo plano de realidad. Con razón ha constatado Panos Mantziaras que Schwarz se adelantó en dos décadas a las críticas de Christopher Alexander a la ciudad-árbol.<sup>22</sup>

## Límites y esperanzas

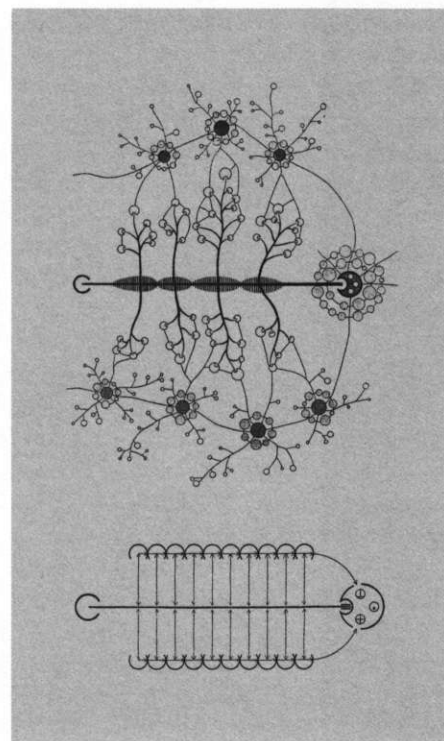
También Schwarz fue invitado por Bartning en 1951 como uno de los cuatro ponentes del Coloquio de Darmstadt. Precediendo a los filósofos —que intervinieron al día siguiente—, disertó sobre «el propósito de la arquitectura».<sup>23</sup> Y volvió a hablar sobre la Tierra. Advirtió, por ejemplo, del riesgo de una técnica que impusiera su «voluntad de mundo» (*Weltwille*), subyugando al mundo hasta convertirlo en el calabozo de la humanidad (*Weltkerker*) con sus abstractos enrejados de coordenadas. Trajo a la memoria aquella generación de arquitectos que 50 años antes había concebido en Darmstadt «un mundo que celebra su propia belleza». Y lo hizo para reivindicar la capacidad de la arquitectura de realizar su *Weltbau*: un sistema jerárquicamente escalonado de formas que surgen del corazón de los individuos o de grupos de ellos —algo muy distinto al espíritu calculador de la técnica—. Se mostró confiado en que la posición de los arquitectos saldría victoriosa de esta pugna entre dos voluntades de construcción de mundo: «Por cierto que la cosa no es del todo ajena a la realidad. En el fondo surge así todo nuestro firmamento, el cosmos completo, de modo que cada estrella se prodiga en la totalidad, expandiendo el espacio a su alrededor, que tampoco existe de entrada según unas coordenadas, sino que florece gracias al fulgor de los cuerpos terrestres (*Weltkörper*), que forman los sistemas solares y las vías lácteas, construyendo finalmente el cosmos a partir de una estrella».<sup>24</sup>

Hoy sorprende leer tales disquisiciones cósmicas en boca del arquitecto responsable de la reconstrucción de una de las prin-

Rudolf Schwarz,  
Ciudad lineal y  
«ciempiés»  
(*Von der Bebauung der  
Erde*, 1949).

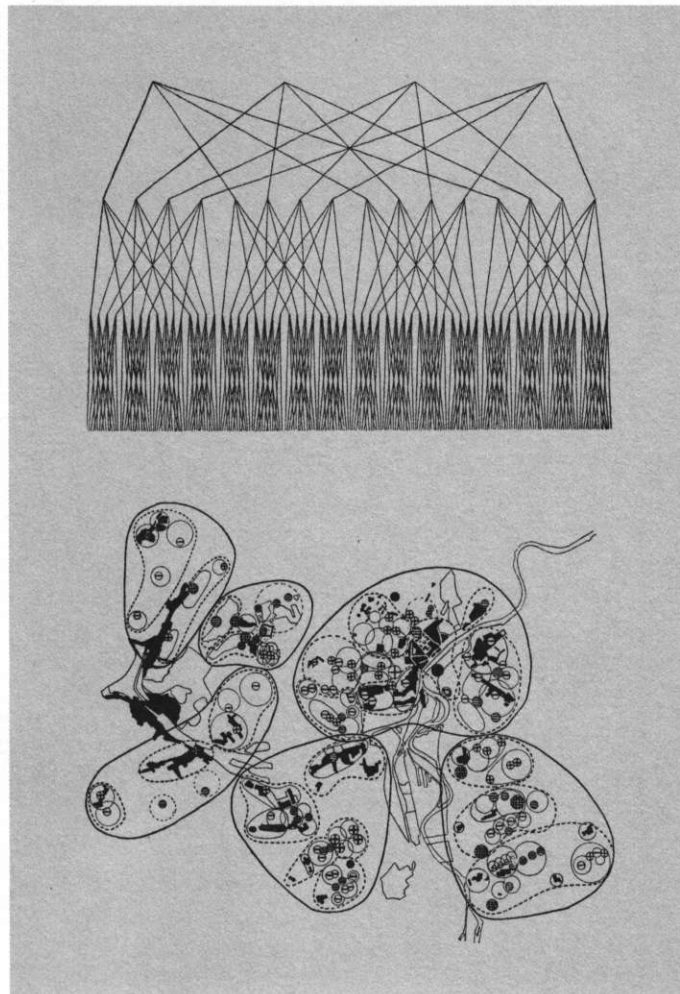


Rudolf Schwarz,  
*Stadtlandschaft* y  
planta basilical  
(*Von der Bebauung der  
Erde*, 1949).



cipales ciudades alemanas, como lo es Colonia. Desde luego no hizo gala del «realismo» que cabría esperar en un período de privaciones y arduas reparaciones. Su utopismo a primera vista parece retomar el expresionismo surgido tras la Primera Guerra Mundial, como las visiones de redención colectiva dibujadas y descritas por Bruno Taut, en las que se planteaba la construcción de un nuevo mundo a manos de un arquitecto demiurgo, de un *Weltbaumeister* («El constructor del Mundo» de 1919). Pero en el caso de Schwarz, su apreciación poética del Mundo persiguió la puesta en valor de la belleza de su estructura natural a través de la arquitectura, del urbanismo y de la ordenación territorial. Lo dejó escrito en *Von der Bebauung der Erde*: la Tierra necesita del hombre. Aun entre quienes compartieron esta actitud en el contexto internacional de aquellos años, la postura de Schwarz fue singular. Piénsese, por ejemplo, en las claras diferencias respecto de las ideas de una planificación mundial planteadas por Buckminster Fuller, quien en 1951 hablara por primera vez del *Spaceship Earth*.<sup>25</sup> No sólo sus actitudes frente a la tecnología difieren fundamentalmente. Se distinguen, sobre todo, por las expectativas de cada uno en lo relativo al alcance de la planificación. Schwarz señaló la existencia de límites necesarios y deseables, por ejemplo en el último capítulo de *Von der Bebauung der Erde*, dedicado a «lo inplanificable». Allí rechaza la planificación como teoría del todo (*Weltformel*), abstracta y megalómana. En contra del optimismo inocente de racionalistas, materialistas e idealistas –que considera equivocado y peligroso– reclama un plan que respete los ámbitos del caos, de lo impredecible y del misterio. No se trata, por lo demás, de construir un mundo nuevo, sino de procurar como un jardinero el crecimiento en un planeta que es y será siempre una escombrera escasa de sentido, un basurero del proceso histórico. El objetivo del buen plan es acompañar la vida, tanto en el amor como en la muerte. «Acaso el mundo no espere aquel maravilloso futuro del que tanto hablan los hombres, sino el pasaje al otro mundo, donde ya no hay obras. Un día, que ha sido más agotador que cualquier otro de la historia, se acerca al final y el Mundo quiere descansar.»<sup>26</sup>

Evidentemente estas nociones nacen de la fe católica profesada por Schwarz. Estas creencias tiñen incluso sus escasas declaraciones de índole vagamente políticas, como cuando en Darmstadt concluyó su conferencia poniendo sus esperanzas de redención en el advenimiento de un «socialismo por voluntad divina», en oposición al socialismo materialista que tan pobres resultados había presentado también en el terreno arquitectónico. En *Von der Bebauung der Erde* se entrelaza lo religioso con lo político y lo cultural. Por ejemplo en sus juicios sobre el pueblo alemán y su difícil relación con la Tierra. Poco dotados para la serena aceptación de la finitud del Mundo, su desconfianza en la Tierra conllevaría la perpetua amenaza de la pérdida de la medida, habilitándoles para cometer crímenes inconcebibles: no desde la pasión sino desde el frío cálculo.<sup>27</sup> La reconciliación exigiría aprender a tolerar humildemente la finitud, la imperfección y la aleatoriedad de la Tierra. A ello pretendió contribuir con su libro.

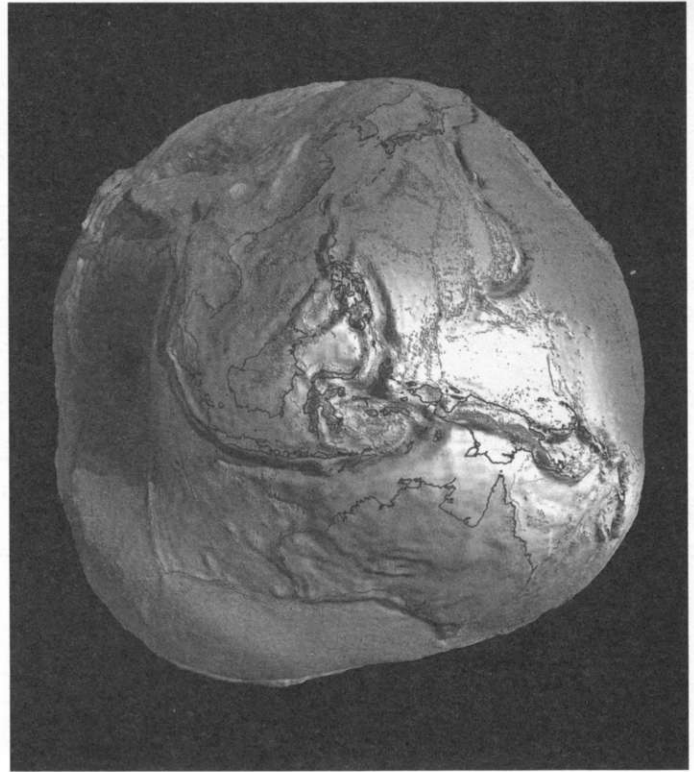


Rudolf Schwarz, Estructura jerárquica y *Stadtlandschaft*, Diedenhofen, 1943 (*Von der Bebauung der Erde*, 1949).

Aun fuera del contexto alemán de posguerra y no compartiendo el trasfondo religioso de la cosmovisión de Schwarz, hay en su teoría aspectos sumamente sugerentes, sobre cuya vigencia vale la pena reflexionar. Por ejemplo, sobre su poco piadosa descripción de las imperfecciones y aleatoriedades del planeta. Me traen a la memoria el inquietante efecto de unas imágenes, publicadas por la Agencia Espacial Europea en 2011, que mostraban a la Tierra no como una «nave espacial» de esférica pureza, sino como una especie de informe tubérculo en viaje cósmico. Pero lo representado no es la Tierra misma sino su campo de gravedad. Es decir, que la imagen permite apreciar la forma que adoptaría si se tratara de una masa maleable. Como no lo es, cabe preguntarse sorprendido por las fuerzas y los principios morfológicos que determinan la arquitectura de la Tierra. Su redondez no conduce inexorablemente a la idealización heideggeriana, ni sus imperfecciones hacen irrenunciables las prótesis técnicas de Ortega.



1. «Gespräch über die organische Baukunst. Zum 70. Geburtstag von Hugo Häring», *Baukunst und Werkform* n° 5, 1952, pp. 10-14. Incluido en: Matthias Schirren, *Hugo Häring, Architekt des Neuen Bauens*, Ostfildern, 2001, pp. 360-363.
2. Véase el texto de la conferencia leída por Hans Scharoun con motivo de la exposición «Berlin plant - erster Bericht» (5.9.1946), recogido en: Peter Pfankuch (ed.), *Hans Scharoun: Bauten, Entwürfe, Texte*, Berlin, 1974-1993, p. 158.
3. Christoph Bürkle, *Hans Scharoun und die Moderne. Ideen, Projekte, Theaterbau*, Francfort, 1986, p. 94. Véase igualmente: P. Pfankuch, *op. cit.*, p. 268.
4. Sobre los *Meisterbauten* en el contexto del Coloquio de Darmstadt véase: Bärbel Herbig, *Die Darmstädter Meisterbauten. Ein Beitrag zur Architektur der 50er Jahre*, Darmstadt, 2000.
5. Consúltese por ejemplo: Hans-Jürgen Schleicher, *Architektur als Welterfahrung. Rudolf Steiners organischer Baustil und die Architektur der Waldorfschulen*, Francfort, 1987.
6. Martin Heidegger, «Begegnungen mit Ortega y Gasset» (1955), en: M. Heidegger, *Denkerfahrten, 1910-1976*, Francfort, 1984, pp. 77-79.
7. Otto Bartning (ed.), *Mensch und Raum. Das Darmstädter Gespräch 1951*, Darmstadt, 1952 - Braunschweig, 1991, p. 91. Cito la versión original alemana porque ninguna de las traducciones consultadas me parecen satisfactorias. Hecha esta salvedad, recomiendo la versión incluida en: Kosme María de Barañano, *Chillida-Heidegger-Husserl. El concepto de espacio en la filosofía y la plástica del siglo XX*, Universidad del País Vasco, 1990, pp. 125-161.
8. José Ortega y Gasset, «Der Mythos des Menschen hinter der Technik», en: O. Bartning (ed.), *op. cit.*, pp. 132-139.
9. J. Ortega y Gasset, «En torno al "Coloquio de Darmstadt, 1951"», en: *Obras Completas*, tomo IX, p. 643.
10. O. Bartning (ed.), *op. cit.*, p. 168.
11. O. Bartning, *Erde Geliebte. Spätes Tagebuch einer frühen Reise*, Hamburgo, 1956, p. 171.
12. *Ibidem*, p. 79.
13. *Ibidem*, p. 205.
14. *Ibidem*, p. 393.
15. *Ibidem*, p. 26.
16. Véase al respecto: Wolfgang Pehnt y Hilde Strohl, *Rudolf Schwarz, Architekt einer anderen Moderne*, Ostfildern, 1997.
17. Inicialmente Schwarz tuvo previsto el título *Vom Bau der Welt* («De la construcción del Mundo»), parafraseando su anterior libro *Vom Bau der Kirche* (1938), lo que habría dado a entender que se trataba de una continuación del mismo, idea que acabó descartando.
18. Hay que decir que las palabras fueron siempre sumamente importantes para Schwarz: al ser requerido en 1953 por *Baukunst und Werkform* como autor para un número dedicado a la relación de arquitectura y literatura, respondió con su famoso artículo «Bilde Künstler, rede nicht» (crea artista, no hables) que desató un virulento debate en torno al legado de la Bauhaus, a la que acusó de haber generado una insostenible jerga pseudointelectual y de haber obstaculizado con su vacua charlatanería la evolución consistente de una nueva arquitectura en la Alemania de entreguerras. Véase al respecto: *Die Bauhaus-Debatte 1953, Dokumente einer verdrängten Kontroverse*, Braunschweig-Wiesbaden, 1994.
19. Rudolf Schwarz, *Von der Bebauung der Erde*, Heidelberg, 1949 - Munich, 2006, p. 43.
20. Schwarz contribuyó a rescatar del olvido a la ciudad lineal. Así, Hans Scharoun, en una conferencia leída al obtener el Premio Fritz Schumacher en 1954 señaló la vigencia del modelo desarrollado por Arturo Soria y Mata. (Hans Scharoun, «Vom Stadt-Wesen und Architekt-Sein», incluido en: P. Pfankuch, *op. cit.*, pp. 228-232.) Aunque bien es cierto, que le asignó -al igual que Schwarz- el rol de una morfología directamente ligada a la actividad industrial, mientras que identificó los principios de reforma orgánica a la tradición de las ciudades jardín. A todas luces tanto Schwarz como Scharoun ignoraban las publicaciones de Soria y Mata, como las revistas en las que promulgó la reforma de los modos de vida en casas unifamiliares suburbanas provistas de huertas para el consumo propio, o aquella estafalaria teoría de darwinismo geométrico sobre «El origen poliédrico de las especies» (1894) del que dedicó un ejemplar al zoólogo Ernst Haeckel, padre conceptual de la ecología.
21. Sobre Hans Bernhard Reichow y su particular noción de lo orgánico en el contexto de la reconstrucción véase: Elke Sohn, *Zum Begriff der Natur in Stadtkonzepten anhand der Beiträge von Hans Bernhard Reichow, Walter Schwagenscheidt und Hans Scharoun zum Wiederaufbau nach 1945*, Hamburgo, 2008.
22. Panos Mantziaras, «Rudolf Schwarz and the Concept of City-Landscape», en: *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, Pamplona, 2002, pp. 15-36.
23. Rudolf Schwarz, «Das Anliegen der Baukunst», en: O. Bartning (ed.), *op. cit.*, pp. 73-86.
24. *Ibidem*, pp. 82-83 (traducción Joaquín Medina Warmburg).
25. Estas ideas fueron divulgadas en Alemania algo más tarde. Véase por ejemplo: Richard Buckminster Fuller, «Für ein Welt-Planungs-Programm», *Bauwelt* n° 37, 1961, p. 1.033.
26. Rudolf Schwarz, *Von der Bebauung der Erde*, Heidelberg, 1949 - Munich, 2006, p. 244 (traducción Joaquín Medina Warmburg).



Campo de gravedad de la Tierra de acuerdo a las mediciones realizadas por el satélite GOCE (ESA 2011).